

SRE, *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1998, 369 pp.

¿Dónde comienza una tradición? En la necesidad de utilizar para una tarea nueva a lo mejor de que se dispone, a lo más elocuente, sagaz, hábil. Si se trata de la representación formal de un país, la tradición para comenzar, si en verdad quiere prosperar como tradición y no quedarse en hábito o rutina, elige a los poseedores de cualidades del trato y de la memoria, a los capaces de desdoblarse y ser los intérpretes o los traductores más persuasivos de una realidad. Si están al servicio de un país, y de sus intereses políticos, económicos y culturales, los elegidos deben olvidar la sentencia en la pared: "Nada mata tanto a un hombre como representar a un país", y someter sus dotes singulares ajustándolas a las exigencias del puesto, sin por eso perderlas, simplemente ajustándolas.

En el siglo XIX, el servicio exterior de México requiere para desarrollar su tradición de los más aptos entre los disponibles. Son abogados en su mayoría, algunos médicos, políticos con frecuencia, gente que aprende reglas y decide su continuidad, que toma muy en serio su adscripción al servicio diplomático, y habla del Servicio a secas, lo que desempeña al encarnar el sentido de las instituciones y la búsqueda de imágenes convincentes. Dar una "buena imagen", disipar los prejuicios sobre el carácter violento o feudal o primitivo de los habitantes de un país novedoso, no estrictamente nuevo. Los liberales suelen enviar a intelectuales, personas formadas en una idea francesa de la cultura, con el uso consiguiente de las fórmulas civilizadas que son en ese momento la lingua franca. El régimen de Porfirio Díaz acude a lo relevante del *establishment*: abogados, doctores, historiadores, escritores. Por supuesto, ningún escritor entonces se ha profesionalizado, y todo se improvisa dentro del mayor rigor posible (la cual no es mala definición del espíritu positivo de México en el siglo XIX: la improvisación con rigor; lo otro es el método para aprovechar el caos). Representan a México

---

Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, José López Portillo y Rojas. Tienen a su favor el conocimiento previo de los países a donde llegan, la memorización de la cultura europea, el orgullo por el México inminente, el que más importa.

El siglo xx mexicano casi se inaugura con la revolución, y esto exige profundizar la tradición, modificándola un tanto. Los embajadores, y al respecto los testimonios son numerosos, insisten en la solemnidad, se distancian con ropa y actitudes de cualquier asomo de barbarie, se saben al frente de una imagen que se quiere de progreso y civilización y no están dispuestos a transigir. Si sus afanes se multiplican por las noticias y las leyendas que sobre el México de las batallas y los caudillos circulan en el exterior, su entendimiento de las reglas del juego es firmísimo: un diplomático, por así decirlo, es un anuncio institucional, alguien cuyo manejo de las formas expresa impecablemente el porvenir razonable, no el presente caótico.

A veces, sin embargo, el representante resulta, en el país de adscripción, más importante que la idea del funcionamiento diplomático. Me refiero específicamente al caso de Amado Nervo, quien en 1918 es nombrado ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Argentina, Uruguay y Paraguay (la escasez presupuestal es un llamado a la multiplicidad de funciones). Isidro Fabela cuenta del instante del nombramiento. El Primer Jefe de la Revolución (entonces sin necesidad de apellido) le pregunta por la persona indicada para Argentina; Fabela propone a Nervo, y el Varón de Cuatro Ciénegas (así nomás también) pregunta: “¿Cree usted que el poeta será bien recibido en Buenos Aires?” “Como ningún mexicano. A Amado Nervo se le quiere y admira allá extraordinariamente porque se le conoce a fondo”, le responde.

Tiempos aquellos de exaltación de la poesía, o de confusión entre espíritu poético y espíritu nacional. Nervo es el representante perfecto porque su poesía lo antecede, y lo que dice se toma como palabra de poeta. Se le festeja, se le convierte en espectáculo, se le admira al punto de recibir con aprobación sus descripciones idílicas de la realidad mexicana. Y él se mueve en su doble personalidad, de ministro y poeta. Al defender a Venustiano Carranza, se explica en carta a *El Diario* de Buenos Aires: “Crea, señor director, que es ésta una de las veces en que lamento ser ministro de México y no Amado Nervo a secas para que los numerosos lectores de su distinguida

---

publicación no atribuyan a un prurito oficioso lo que es el eco puro de la verdad...” ¿Qué otro diplomático podría haber escrito después estas líneas? Sólo aquél de obra tan memorizada como la de Neruo. Al morir el poeta en Montevideo, el 24 de mayo de 1919, cierran los comercios, y la “embajada espiritual” se transforma en el velorio más largo de la historia latinoamericana, medio año de fragatas que conducen sus restos, homenajes múltiples, salvas de honores militares, discursos, declamaciones. “Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz”.

Federico Gamboa es otro caso; diplomático en Centroamérica, Holanda y Bélgica, aprovecha el servicio diplomático para escribir y usar del mecenazgo al que retribuye con incondicionalidad. Fugaz secretario de Relaciones Exteriores de Victoriano Huerta, hecho que no necesariamente lo honra, aunque sí señala con énfasis lo ilimitado de su disponibilidad. Y los otros escritores prominentes que entran al Servicio Diplomático cumplen funciones ya más regulares o tranquilas. José Juan Tablada, Efrén Rebolledo, Enrique González Martínez, Gilberto Owen, Octavio G. Barreda, Manuel Maples Arce y Rodolfo Usigli son representantes dignos y más bien inadvertidos. Se relacionan no muy significativamente con las comunidades literarias de los países a los que van; desaprovechan el mecenazgo al escribir poco. En cambio, Alfonso Reyes es un gran embajador en Sudamérica. Continúa su labor infatigable, se vincula a lo mejor de las comunidades literarias (es memorable su amistad con Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges, por ejemplo), colabora en las publicaciones locales, actúa como diplomático y escritor sin descuidar ninguno de los deberes.

Genaro Estrada es un hombre de letras en el sentido más profundo del término: aquel para quien la vida cultural y el trato con los libros lo son todo. A él se debe la Doctrina Estrada, a él también se debe el impulso para jóvenes intelectuales que se interesan por el mecenazgo y la carrera diplomática. Subsecretario y secretario de Relaciones Exteriores, se da tiempo para leer, comentar libros, mantener al día sus colecciones, invitar a Federico García Lorca a México, y apasionarse por las artes plásticas.

A la tradición de Reyes y Estrada corresponden Jaime Torres Bodet y José Gorostiza. Torres Bodet es una figura extraordinaria de la diplomacia: en la embajada de México en Francia durante la segunda guerra mundial, en la UNESCO, en la Secretaría

de Relaciones Exteriores. Su paso por la UNESCO es notable, y es notoria su capacidad de subordinar su obra, que de cualquier manera continúa, a las exigencias de la diplomacia. Y José Gorostiza es otra figura ejemplar, de eficacia silente, de continuidad admirable. Si no es un gran viajero, sí es un renovador y un puntal de la gran tradición del Servicio Exterior Mexicano.

Dejo al último a Octavio Paz, al tanto de que un segundo tomo incluirá entre otros a Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Sergio Pitol, Hugo Gutiérrez Vega, Enrique González Pedrero, escritores e intelectuales muy destacados. En Francia y en India, Paz cumple tareas de primer orden. Se relaciona vivamente con lo más creativo de los medios artísticos y culturales, escribe y representa a la vez, es amigo de los surrealistas y de los pintores hindúes, participa en actos en homenaje a la República española y distribuye su texto sobre Luis Buñuel cuando se presenta *Los olvidados* en el Festival de Cannes. Y en 1968 es admirable el gesto de Paz al enterarse de la matanza de la Plaza de las Tres Culturas. El 4 de octubre escribe al Canciller Antonio Carrillo Flores:

Ante los acontecimientos últimos, he tenido que preguntarme si podía seguir sirviendo con lealtad y sin reservas mentales al gobierno. Mi respuesta es la petición que ahora le hago: le ruego que se sirva ponerme en disponibilidad, tal como señala la Ley del Servicio Exterior Mexicano. Procuraré evitar toda declaración pública mientras permanezca en territorio indio...

A esta distancia, algo queda muy claro: la actitud de Paz, además de fortalecer la tradición de dignidad de los intelectuales mexicanos, honró la mejor tradición del Servicio Exterior Mexicano. En síntesis, *Escritores en la diplomacia mexicana* es un libro excelente con textos instructivos y amenos, y un acervo fotográfico de primer orden. Si ya ha desaparecido la costumbre del mecenazgo, si ya la idea del escritor profesional reemplaza a la búsqueda de posiciones en la diplomacia, queda el estudio de una tradición, por lo demás internacional, que califica a los escritores entre los representantes más idóneos de un país. ¿Y quién soy yo para contradecir este axioma?

*Carlos Monsiváis*

---